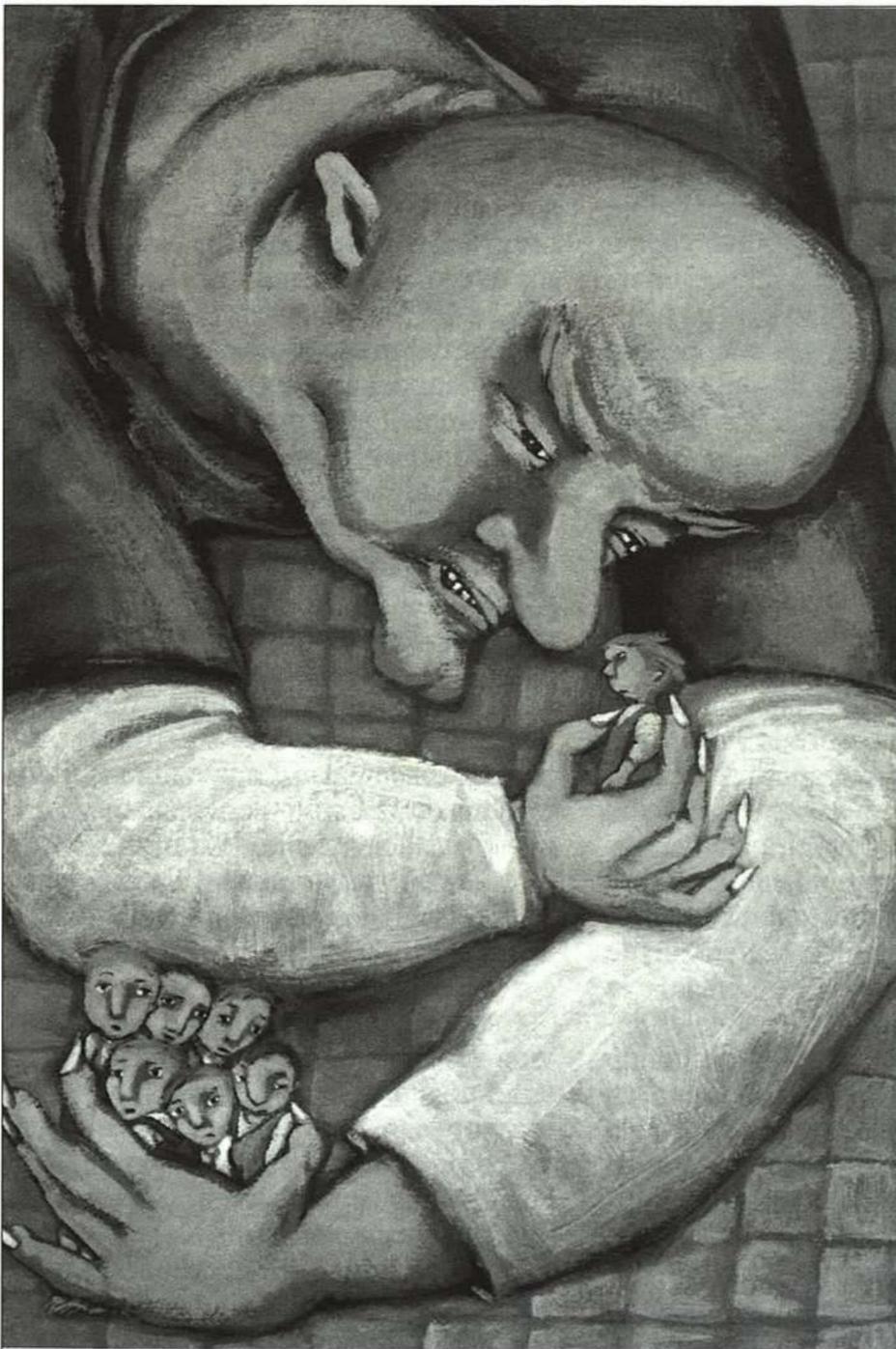


«Pulgarcito», la magia y el poder

Blanca Álvarez*



CARME SOLÉ VENDRELL, «PULGARCITO» EN CUENTOS COMPIETOS DE CHARLES PERRAULT, ANAYA, 1997.



QUELOT, PULGARCITO, LA GALERA, 1998.

La escritora y periodista Blanca Álvarez defiende que a los niños se les lea, se les expliquen cuentos «cruels» como Pulgarcito, como una manera de ayudarles a conocer el horror que hay en el mundo y de ofrecerles la posibilidad de superarlo, de encontrar la magia libertadora.

Rachid y Ahmed nunca se vieron como héroes. Ni siquiera durante las treinta y seis horas de incierta y peligrosa travesía del Estrecho. Ninguno se imaginó a sí mismo como Simbad. Tampoco culparon de la desgracia, de abandonar su casa, de no poder estudiar, soñar o jugar como correspondía a sus 14 y 15 años, a su padre; no recordaron al abuelo como a un monstruo por ayudarlos a pagar aquellos pasajes clandestinos. Los necesitaban para que la gran familia pudiera comer con el dinero que ellos enviarían desde ese lugar donde el oro mana como un río poderoso.

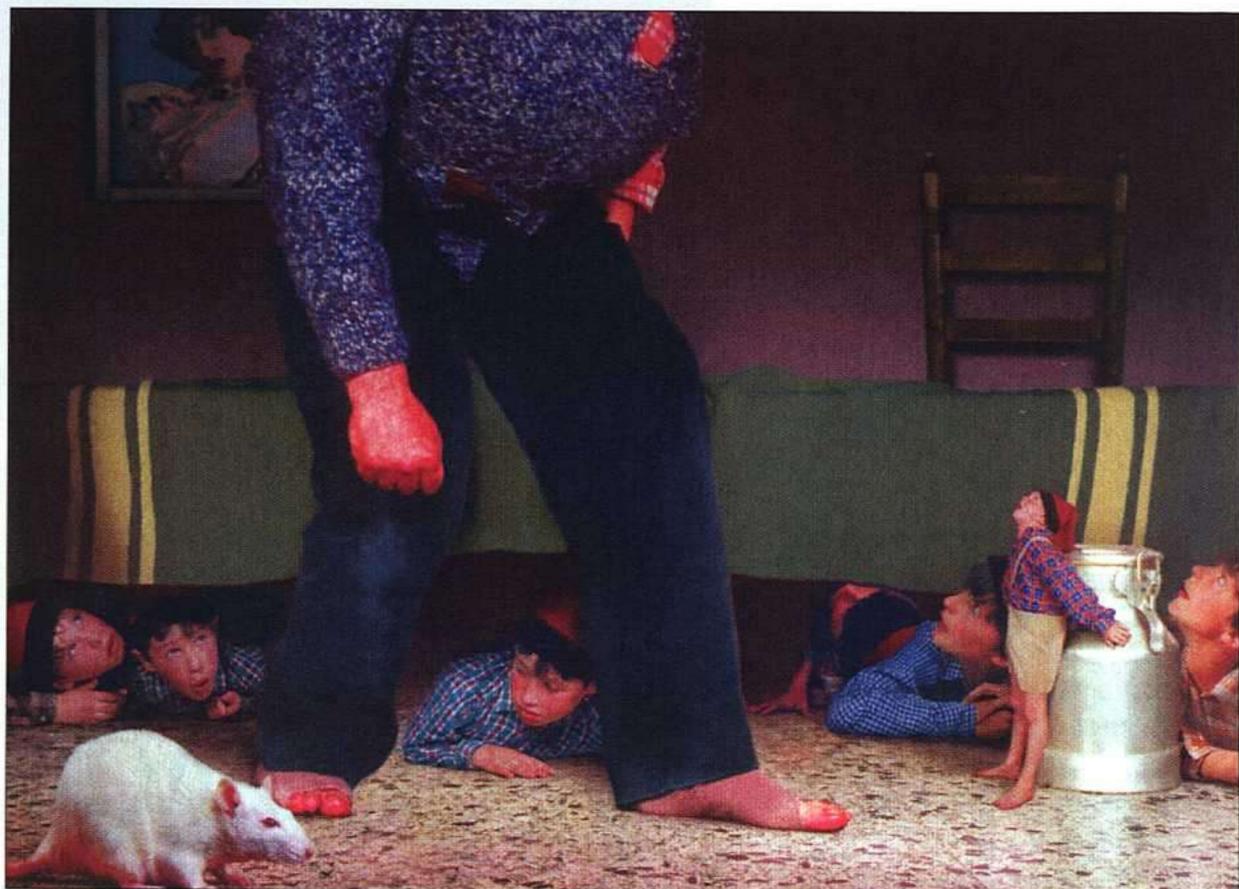
Por desgracia, no se identificaron con Jasón y sus marinos en busca del Vello de Oro.

Cuando la pequeña Muo vio, por última vez, la espalda de su padre mesándose los cabellos y sin atreverse a besar sus mejillas, no se sintió princesa de ningún cuento, ni logró imaginar el horror de los burdeles a donde la llevaban bajo falsas promesas. Tampoco concibió un razonable odio por la madre angustiada que bendijo su frente con las cuentas del rosario budista. Los más pequeños de la familia necesitaban pasar el duro invierno y a sus padres les habían prometido un futuro de trabajo para la mayor, Muo, de 13 años. Tal vez, en su memoria genética guardara recuerdo de todas las niñas vendidas por un cesto de sal.

Sus padres le ofrecían una posibilidad de sobrevivir y encontrar un marido protector, un futuro diferente. Un dulce final de cuento feliz.

Amin intentó portarse como un hombre cuando salió de la conocida aldea abrasada por la sequía. A los 11 años no existe infancia para oponerse al horror. Apenas unos minutos más tarde, ataron sus manos y sus pies con argollas de esclavo y caminó hacia un desconocido infierno sin conocer siquiera el truco de ir dejando diminutos guijarros por el sendero para encontrar el camino de regreso. Apenas levantaba del suelo un palmo más que Pulgarcito.

La humanidad pocas veces se ha permitido el lujo de la ternura. Sin embargo, cuando las condiciones son propicias, los niños constituyen el fruto sagrado de toda comunidad y disfrutan todos, desparasitándose mutuamente, abrazándose o contándose remotas historias capaces de



PERE FORMIGUERA, EL PETIT POLZET, BARCANOVA, 1994.

explicar a los más jóvenes el largo cordón donde se anudan todos. La humanidad no es perversa ni violenta si no se ve abocada a ello. Todos los antropólogos han coincidido en señalar lo tiernos y amorosos que se manifiestan con los suyos los últimos habitantes inocentes del Amazonas.

Pero cuando las condiciones no son favorables, la misma humanidad sigue el instinto de supervivencia más elemental: salvar al mayor número posible de miembros de la tribu y favorecer a quienes mejores condiciones de supervivencia presenten. Para ello se ha utilizado desde los albores de la civilización la religión, los chamanes, los interdictos y todo cuanto proviniera de los rituales salvadores.

El sacrificio de los hijos al dios de turno para que bendijera al grupo con cosechas, no debería escandalizar, por ejemplo, al pueblo judío, que lo practicó en tiempos siguiendo las costumbres de otros pueblos semitas.

Y todo, tanto lo bueno como lo malo, desde siempre, el hombre lo ha ritualizado fijándolo en la literatura, sea ésta la Biblia o la recopilación, oral o escrita, de la memoria colectiva. Las normas y pautas de comportamiento, las deseadas, se fijaron en los héroes que protagonizaban las historias, y todos aprendían de la imitación de esa figura referencial a la que aspiraban a imitar. Ya Aristóteles dejó constancia de tal necesidad cuando afirmaba en su *Poética*: «El imitar, en efecto, es connatural al hombre desde la niñez, y se diferencia de los demás animales en que es muy inclinado a la imitación y por imitación adquiere sus primeros conocimientos».

Habrà de revisarse, entonces, qué tipo de imitaciones ofrecemos a nuestros hi-

jos, qué tipo de héroes fijaran su formación. María Zambrano, aseguraba: «Cada época puede medirse por la calidad ética de sus héroes».

Cuentos como transmisión de experiencia

Y llegamos a la probable crueldad del relato de *Pulgarcito*. ¿Es necesario leer a nuestros hijos un historia de padres depravados capaces de llevar a sus hijos al matadero? ¿Las historias crueles escuchadas en la infancia no les mostrarían lo peor del mundo y los tornaría agresivos? ¿No terminarían viendo a sus propios padres, no como alguien protector, sino como asesinos en potencia con el poder añadido de ser adultos?

Javier Gomà Lanzón, señala en su ensayo: *Imitación y experiencia*: «Los niños tienen miedo porque carecen de experiencia... No hay nadie que no estime la experiencia de la vida como un tesoro escondido, porque nada puede reputarse superior al arte de saber ser, hacer y gobernarse en la vida». La literatura, podríamos añadir, ha sido, desde sus orígenes, una fuente inagotable de transmisión de otras experiencias, algunas de las cuales sólo llegan hasta nosotros gracias a ella. Tamizada, orlada de lírica; también cruel e irrevocable.

Cuando los padres de Pulgarcito envían a sus hijos a morir en el bosque, tratan tan sólo de evitarles una muerte feroz por inanición. Pueden equivocarse, tal como se deduce del primer regreso cuando todos comen la carne comprada; puede parecer, a nuestros ojos y siempre que olvidemos las historias paralelas en nuestro tiempo, antinatural y feroz la postura de los padres. Sin embargo, el

primer aprendizaje para leer literatura es enseñar al lector a colocarse en el lugar, tiempo y cultura donde se ubica la historia, tal vez desde ese lugar apreciáramos compasión y no crueldad, en la decisión de esos padres hambrientos. Del hambre en Irlanda en el siglo XIX han llegado crónicas de padres que ahogaban a sus hijos para evitarles el dolor del hambre o de cómo los embarcaban en bodegas inhumanas con la esperanza de encontrar pan en América.

Del mismo modo, en multitud de lugares del mundo, los adultos se ven abocados a mantener prácticas que, a este primer y dulce mundo lo escandalizan.

¿Cómo voy a leer a mis hijos el cuento de *Pulgarcito*? Creerán que los padres son unos monstruos; resulta innecesario y demasiado cruel. Claro que a esos niños tampoco se les habla del turismo sexual realizado desde ese dulce mundo al otro, ni de las guerras que provoca la misma edulcorada y exquisita sociedad para obtener materias primas capaces de mantenerlos calientes en invierno y poder leer hermosos y limpios cuentos a sus retoños, mientras otros niños, en esas guerras provocadas, ejercen de soldados drogados o esclavas sexuales.

Se limpia el mundo de los niños del horror, pero no se libera al mundo donde habitarán el mismo horror. Los hijos del primer mundo crecen entre falsos algodones, falsos porque violencias terribles los acechan en sus propios hogares, sin saberse responsables o, cuando menos, cómplices o responsables, de la ignominia que envuelve al mundo y a otros niños. Tal vez, una justicia negra y nada poética, termine por alcanzarlos en sus hermosas y decoradas guarderías cuando algún desesperado de la infamia encuentre una rendija para inmolarse con una bomba pegada a su costado.

La desgracia, la calamidad y el horror, forman parte de nuestra vida, resultan cotidianas, conocidas y cercanas. El mundo, en múltiples ocasiones, se presenta ante los niños como una casa de chocolate envenenada. Sin embargo, no les leemos a *Pulgarcito*, nos parece obsceno *Barba Azul*, incorrecto *Piel de Asno*... Los obligamos a vivir encerrados en una esquizofrenia compleja entre lo correcto y manipulado y lo oculto y negado que podría servirles como modelo.



MIGUEL ÁNGEL PACHECO, PULGARCITO, CÍRCULO DE LECTORES/PERSPECTIVA EDITORIAL CULTURAL, 2001.

La magia desde el horror

Curiosa barrera esa de mirar sospechosamente a *Pulgarcito*. Propongamos una doble mirada diferente sobre el tradicional relato de este héroe que, para empezar, ni reúne los requisitos propios de quien puede salir victorioso ni se resigna al *fatum* asignado.

El horror que figura en todos los tradicionales cuentos, no infantiles sino colectivos por más que ahora se tilden de infantiles, ni era gratuito ni pretendía generar pánico entre los lectores. Antes bien, ofrecía una posibilidad a sus lectores. En el fondo, trataban de decir: el mundo es duro y hasta cruel, has de vivir en él, pero sólo si te adentras en ese horror, conociéndolo y pretendiendo vencerlo, lograrás, no sólo sobrevivir, sino superarlo.

Al igual que *Pulgarcito*, ninguno de los niños puestos como ejemplo al principio condena a sus padres por crueles, la vida es así, parece decir, y por ello, porque «es así», toma fuerzas de donde parece no haberlas para cambiar ese destino.

He ahí la diferencia: en la literatura no se esconde el horror, pero se ofrece la posibilidad de superarlo y encontrar la magia libertadora sumergiéndose en él. Y *Pulgarcito* es el conductor más idóneo para transmitir tal mensaje.

No se trata de evitar el horror donde se habita; cubriendo con amables velos la realidad, ésta no se transforma sino que termina por pudrirse, por revolverse contra quien la niega. Por el contrario, si no se oculta la desgracia y sus consecuencias, quien se vea inmerso en ella podrá encontrar el valor suficiente para buscar una salida.

El novelista, el cronista tradicional, no escribe «la verdad», fábulas una mentira capaz de inquietar al lector y ayudarlo a comprender, o, cuando menos, a mirar desde otro lugar el mundo donde habita. En cierta medida, el escritor contradice al gallo del conde Lucanor que, escarbando entre la basura tropieza con un zafiro y, tras comprobar que no sirve como alimento, lo desecha. El zafiro que muestra la metáfora del escritor, se desliza al alcance del lector para que lo utilice como le parezca oportuno.

Además, las historias han de provocar en el lector *inquietud*. Amélie Nothomb, afirma: «Un libro es un detonador que sirve para hacer reaccionar a la gente». Los miles de lectores de los nuevos multiventas, leen como evasión, para olvidar... Una mercancía ofrecida como tributo al ocio capaz de devolverlos a la voraz máquina competitiva donde trabajan, se hipotecan y malviven. En el caso de la literatura infantil, el daño puede ir más allá: se pueden crear generaciones incapacitadas para saber enfrentar la dificultad y transformar la realidad, sin figuras de referencia, ni en la vida ni en sus lecturas, que le sirvan como referente para crecer.

El antihéroe

Ni hermoso, ni fuerte. Visto por los suyos como inferior y dada la importancia que la mirada de los otros tiene sobre la conciencia de SER de quien es mirado, nuestro protagonista debía darse por vencido de antemano.

Sin embargo, es un *personaje de carácter*. Al igual que otros representantes de esta tipología: no se resigna a ser quien se espera que sea; tampoco acepta el designio del destino ni se deja arrastrar por él como lo hacen sus hermanos: «... Cuando los niños se vieron solos, se pusieron a gritar y a llorar con todas sus fuerzas». Actitud muy propia, por ende, de los personajes en estos relatos: las princesas duermen y aceptan la espera de quien habrá de liberarlas; Bella cumple la condena de su padre como si resultara inevitable...

En cierta manera, responden al esquema de que «otro» encontrará la salida y aguardan desde la pasividad. Sumidos en la confianza de un *Deus ex machina* que decida por ellos.

En las tragedias de Eurípides, todos los personajes se someten a ese designio: el autor llena el escenario con prototipos atormentados, inmersos en multitud de conflictos que, finalmente, los abocan a un callejón sin salida. En ese momento, los dioses deciden intervenir y, al modo de guardias de circulación, deciden quién hace qué tras señalar el lugar que corresponde a cada cual. Los personajes, sencillamente, se limitan a obedecer el mandato divino.

En este caso, los personajes se limitan a cumplir su destino; asumen aquello que se espera de ellos y lo cumplen: *personajes de destino*.

Nuestro Quijote representaría, tal como defiende Rafael Sánchez Ferlosio, la opción opuesta: opta por ser y realizar aquello que cree que le hará feliz: busca la felicidad, aun cuando no la encuentre, eso termina siendo secundario. «Si no puedo ser el caballero que sueño ni vivir en el mundo ideal al cual aspiro, me refugio en la locura y reinvento la realidad y a mí mismo.»

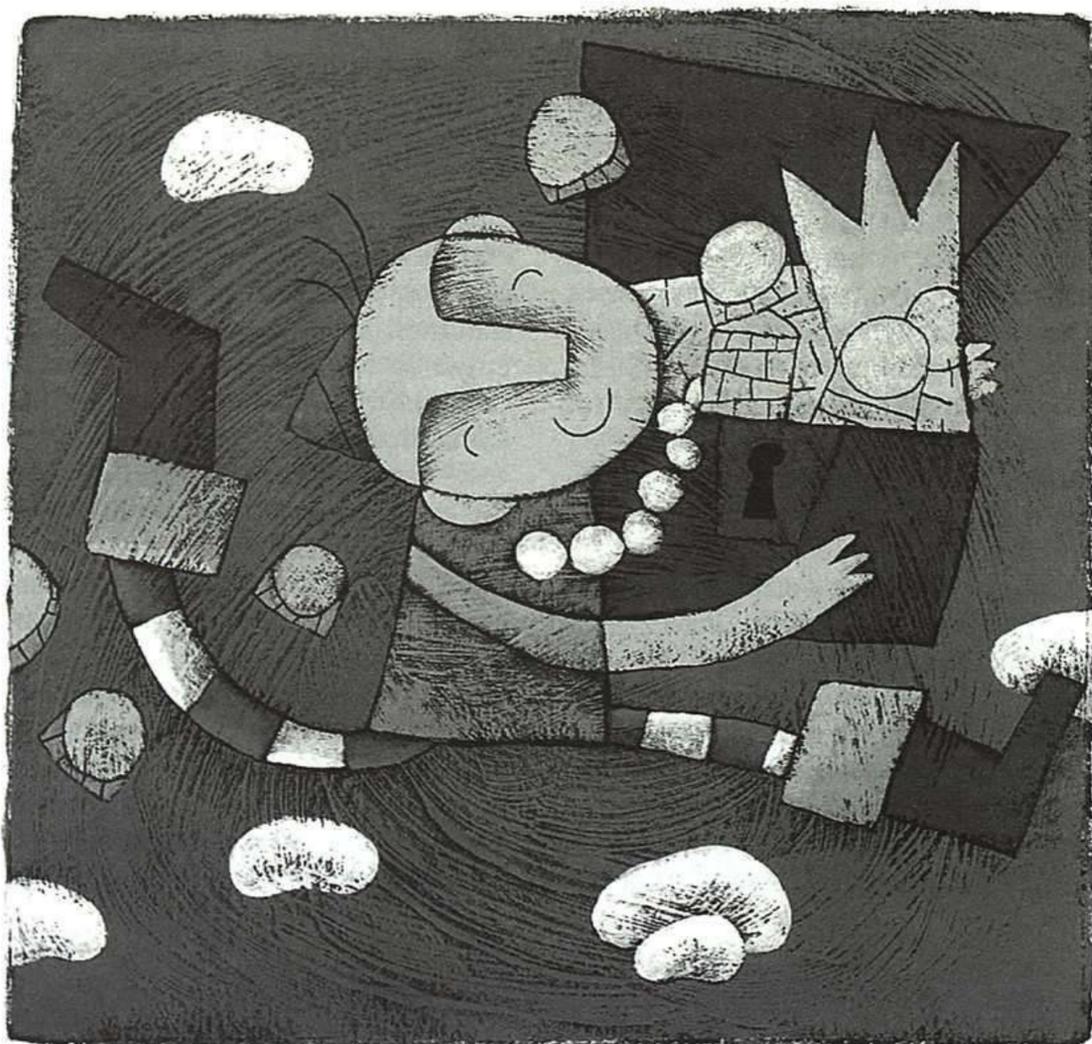
Exactamente la postura de Pulgarcito. Conoce las intenciones de los padres, «... habiendo oído desde su cama que hablaban de cosas serias, se había levantado despacio y se había deslizado debajo del

taburete de su padre para escucharlos sin ser visto». De alguna manera, resulta más consciente de la «realidad» que sus hermanos, quienes duermen a pierna suelta. La misma realidad que lo lleva a no culpar a sus padres por la terrible decisión tomada y, por tanto, a no revolverse ni contra ellos ni contra el destino: opta por intervenir, a hurtadillas y de manera eficaz. Busca guijarros para esconderlos en sus bolsillos. Cuando eso no resulta suficiente puesto que regresan al mismo lugar del bosque en un segundo intento, utiliza su propio pan. Se arriesga en una apuesta total. Actúa como un héroe generoso y sin vanidad.

Tampoco se deja amilanar por el ogro, su esposa y sus hijas. Utiliza el ingenio para sobrevivir y salvar a sus hermanos. Además, sabe ya, recorrido su camino de iniciación, que el regreso al hogar sólo puede efectuarse si él mismo aporta la solución a la pobreza. Por eso regresa cargado con el oro del ogro. «Acomodó a toda la familia.»

Como esperan los padres de los niños enviados en pateras a la búsqueda del Ogro occidental y sus tesoros. ■

*Blanca Álvarez es escritora y periodista.



QUELOT, PULGARCITO, LA GALERA, 1998.